FRAGMENTO SEGUNDO.

I.

. . . . . .
. . . . . .
Era la hora en que el mundano ruido
Calma, en silencio el orbe sepultado;
Yacia el Rey, apena interrumpido
Del dulce sueño su mortal cuidado,
Cuando un fúnebre oyó largo alarido
Entre angustiosos sueños congojado,
Triste presagio de su infausta suerte,
Y luego ante sus ojos vió la muerte.

II.

La amarillenta mano descarnada,
Blandiendo al aire la guadaña impía.
La aterradora vista al Rey clavada,
Su cetro y su corona recogia,
Mientras en torno extraña gente armada
Sus despojos alegre dividia :
Y oyó sus quejas y escuchó sus voces
Y sus semblantes contempló feroces.

III.

Y el ángel de tinieblas levantarse
Súbito vió, como la inmensa cumbre
Del alto Chimborazo, y á él llegarse

Lanzando rayos de ominosa lumbre;
Y su mano sintió que al acercarse
En su frente cargó su pesadumbre,
Grabando allí tremundo sobrescr o
Que le marcára por de Dios maldito.

IV.

Y luégo oyó rumor de cien cadenas,
Crujir los huesos, rechinar los dientes,
Y abismos contempló de eternas penas
Inmensurables, lóbregos y ardientes :
Oyó voces de horror y espanto llenas,
Batieron palmas las precitas gentes,
Y oyó tambien por mofa en su agonía
Bárbaras carcajadas de alegría.

V.

Mas luégo el sueño se troco en su mente,
Y amantes dichas disfrutar figura
En brazos de Florinda dulcemente
Entre flores, aromas y frescara;
Y cuando más su corazon consiente
Que estrecha la deidad de la hermosura.
Se halla en los brazos de Julian fornidos
Ahogándole á su cuello retorcidos.

VI.

Sobre él enhiesto á su garganta apunta
Fiero puñal que el corazon le hiela :
Procura desasirse, y más le junta
Pecho á pecho Julian, que ahogarle anhela.
Así fiero dragon, trilingüe punta
Vibra y se enlaza al animal que cela,
É hincando en él la ponzoñosa boca,
Le enrolla, anuda, oprime y le sofoca.

VII.

Los brazos alza y lleva á su garganta,
Del bárbaro enemigo á desprenderse:
Cuanto con más ahinco los levanta,
Los ve volver sin ánimo á caerse:
Crecen sus bascas, y en angustia tanta
Falto de aliento, sin poder valerse,
Yerto, rendido y con mortal congoja,
Ya con lívida faz espuma arroja.

VIII.

En medio á su delirio y agonía
Trémula y fatigoso se despierta;
Un helado sudor su cuerpo enfria,
Su carne toda horripilada y yerta:
Siente el robusto brazo que porfia
Aún por ahogarle: á desprender no acierta
El lienzo que á su cuello él mismo liga,
Y él cree el brazo tenaz que le fatiga.

. . . . . .

FRAGMENTO TERCERO.

BATALLA DEL GUADALETE.

I.

En vano con prodigios espantosos
El justo cielo le anunció su ruina,
Y fúnebres ensueños milagrosos
Le intimaron la cólera dívina:
Ronco trueno á los pueblos temerosos,
A deshora estallando, vaticina
Desventuras sin fin; y el Rey en tanto
Derrama entre sus hembras débil llanto.

II.

Orgulloso torrente de guerreros
Pueblos, montañas y ciudades hunde;
Tintos en sangre brillan sus aceros,
Y el estrago y terror do quiera cunde:
Así al impulso de aquilones fieros
Llama voraz por selvas se difunde,
Consume antíguos troncos, arde el suelo
Y amenaza abrasar al mismo cielo.

III.

Rompe el alarbe y fiero desbarata
Cuanto encuentra y los campos raudo asuela;

Al labrador sus mieses arrebata:
Pavoroso terror las gentes hiela;
La vírgen triste al vencedor acata
Y hondo suspiro de su pecho vuela
Al trono de Rodrigo descuidado,
Que en infame placer yace embriagado.

IV.

Mas al fin despertó: lució ya el dia
En que á tan grandes crímenes el cielo
El merecido premio disponia;
Nublóse el sol, encapotóse el velo
Del ancha esfera: el trueno estremecia
La amedrentada tierra, y con anhelo
Rodrigo entónces, respirando apénas,
Quiere romper las bárbaras cadenas.

V.

Al deleite se arranca, el hierro viste,
Cálase el yelmo, el tresdoblado escudo
Con fatiga tal vez débil resiste.
De esfuerzo el corazon y ardor desnudo;
Pálido el rostro, acongojado y triste,
Parte á lidiar contra el alarbe rudo;
Vierten sus ojos lágrimas, suspira,
Y por última vez su alcázar mira.

. . . . . .

VI.

El grito escucha de venganza y guerra
Gozoso de su estruendo el mahometano,
Y ansioso aguarda en la vandalia tierra
Do baña el Lete el muro jerezano.
¡Ay! á la lid del ocio se destierra.
¡Oh cara patria! y se prepara en vano

Rodrigo de su éjército á la frente,
Que los vicios de un Rey vician su gente.

VII.

Desapareció del godo la osadía
Y el antiguo valor: las armas ora,
Noble ejercicio de su esfuerzo un dia,
Cansado blande y los deleites llora,
Mientras la enseña de la luna impía
Tremolan á los aires vencedora
Los que el mundo, belígeros varones,
Turbaron con sus bárbaras legiones.

VIII.

Rodrigo en carro de marfil ostenta
Corona de ora y perlas en su frente:
La régia pompa y galas aparenta
Que en los banquetes le adornó luciente.
¡Misero! en vano el corazon alienta;
No ve sobre él ¡oh Dios omnipotente!
Tu diestra levantada; arder no mira
Tu rayo á la palabra de tu ira.

IX.

Llegamos ya del Lete á la ribera,
Y en su fértil llanura el campamento
Fijamos frente á la morisma fiera:
Resuena el campo en pavoroso acento,
Al aire va tendida la bandera,
La trompa agita el sonoro viento,
Armas y carros resonantes giran,
Y ambas huestes atónitos se miran.

X.

La noche el cielo en su sombroso manto

Lóbrega encapotó : tal vez brillaba
Relámpago sombrío, que el espanto
Y el horror de la noche acrecentaba;
Lúgubre, sola y temerosa en tanto
La voz de las vigías se escuchaba,
Y en torno de los campos tenebrosos
Volaban mil espectros espantosos.

XI.

El sol temprano cual rubí encendido
Dejaba el golfo del rosado oriente,
Y el rayo, de su disco despedido
Doraba de Jerez la alzada frente :
Quiebra entre tanto morrion bruñido,
Dardo mortal y arnés rseplandeciente
Su luz, y cada raudo movimiento
De ominoso esplendor inunda el viento.

XII.

La extensa vega de Jerez coronan
El uno y otro ejército fronteros :
Guerra las trompas hórridas progonan,
Y al ruido late el pecho á los guerreros.
Armas, carros, caballos se amontonan,
Zumba el viento al rumor y estruendo fieros:
Los rios su curso con pavor reprimen,
Y los montes al són medrosos gimen.

XIII.

Triste Rodrigo su carroza guia
Ligera entre sus fuertes escuadrones :
Radiante en vano su corona envia
El antiguo esplendor. ! Ah! sus bridones
¡ Cuán otro rige ya de aquel que un dia
Toledo vió entre nobles campeones,

Augusto vencedor en los torneos,
Coronada su frente de trofeos !

XIV.

Hoy al peligro puesto el pecho esquivo,
El corazon anima, y su flaqueza
Esconde ante su ejército, y altivo
Muestra en su acento bélica fiereza.
Sancho, su hijo, el hierro vengativo
Blande á su lado y rige la aspereza
De un gallardo troton con diestra mano,
Mancebo hermoso, intrépido y lozano,

XV.

Por vez primera la robusta lanza
Blande su brazo juvenil, y ansioso
Hiérvele el pecho en bélica esperanza,
Ceñir pensando el lauro victorioso :
Probar de solo á solo su pujanza
Con el mismo Tarif ansía animoso :
Párase en tanto el Rey, alza la frente,
Y asi en guerrera voz grita á su gente.

. . . . . .

XVI.

Entre tanto el clarin súbito suena
En nuestro campo, y fiera corresponde
Con trompas y atabales la agarena
Hueste que al ruido en ronco són responde.
Tarif su gente á arremeter ordena;
La nuestra se adelanta; el cielo esconde
Densa nube de polvo, el viento inflama,
Y el suelo á nuestros piés retiembla y brama.

XVII.

Sus caballos los moros recogiendo,
Rápidos se aperciben á lanzarse;
Súbito á un tiempo en alarido horrendo
Arrancan con nosotros á encontrarse;
El ímpetu, las voces, el estruendo
Tornan en són confuso á redoblarse;
El acero saltando centelléa,
La sangre hirviendo en derredor humea.

XVIII.

Retumba el valle : al golpe repetido
Sobre las armas de la hendiente espada,
Salta el arnés al suelo sacudido,
La cimera gentil gime abollada :
No más veloz, cuando el metal ardido
Labra el martillo en la caverna ahumada,
Sobre el fornido yunque horrendo bate,
Y forja el fiero rayo del combate.

XIX.

Hombres con hombres con furor se estre-
Con golpes reciamente redoblados, [llan
Lo arrasan todo y todo lo atropellan.
Hienden, rajan, destrozan irritados;
Armas, muertos, caballos, carros huellan
Con espantoso estruendo derribados;
Yelmos, picas, turbantes, sangre ardiente
Envuelve el Guadalete juntamente.

XX.

Así en recío rumor bramando el viento
En las hondas cavernas de la tierra,
A deshora con ímpetu violento

Rompe la cárcel que su furia encierra;
Retiembla al choque el duradero asiento
En que el orbe firmísimo se aferra,
Abre su abismo el mar, su estrago cunde,
É imperios al no ser súbito hunde.

XXI.

En confusa revuelta la batalla,
Todos ardiendo en ira se encarnizan,
Vuela en pedazos la rompdía malla,
Crudos golpes los cuerpos martirizan.
No hay ceder, no hay calmar; inmoble valla
Cruzados hierros mil contino erizan;
Hiérense, á herirse tornan y desprecian
La muerte, hirviendo en cólera, y arrecian.

XXII.

En tanto el sol en su carroza de oro
Vibrando del zenit vívida lumbre,
Padre y monarca del luciente coro,
Mediaba el dia en la celeste cumbre.
Dura incierto el combate : altivo un moro
De entre la espesa, envuelta muchedumbre
Aguija su bridon, la lanza agita,
Y en nosotros audaz se precipita.

XXIII.

Arrola á Atanagildo; la pujonza
Del fiero Téudis á sus plantas yace,
Rinde de Ervigio la terrible lanza,
Y su cólera en sangre satisface;
Sobre vencidos muertos se abalanza,
Opuestos hierros su furor deshace;
Pavor, desolacion, muerte, rüina
Su alfange en alto aterrador fulmina.

XXIV.

Sancho, Sancho le ve : su pecho late
Venturoso en hallar digna contienda;
Tercia su lanza, las ijadas bate,
Y al fogoso bridon suelta la rienda;
Parte á do el moro intrépido combate;
Llámale en alta voz á lid tremenda :
Vuelve el árabe á Sancho, el troton pára,
Responde al grito y su furor prepara.

XXV.

La lanza en ristre, al pecho el fuerte escu-
Sobre el arzon el cuerpo amenazante, [do
Al héroe amaga el bárbaro sañudo,
Fijos los ojos, lívido el semblante;
Sereno el rostro, en ademan forzudo
Blande el mancebo el hierro centellante,
Y envueltos entre el polvo que leva.
La tierra en torno al embestirse espantan.

XXVI.

Nomás pronto entre humo y fuego y true-
Rayo veloz del cielo se desata; [no
Ni así fiero en la mar de su hondo seno
Las turbias olas Bóreas arrebata;
Ni montaráz torrente al valle ameno,
Ni súbito huracan, ni catarata
De ondisonante rio, ni lava ardiente
Su arranque asemejáran impaciente.

XXVII.

Al encuentro fatal con ruido infando
Las lanzas saltan, la áspera coraza
El rechinante hierro penetrando,

La robusta armadura despedaza;
La mitad de la lauza retemblando
El pecho al musulman fiero ataraza;
A torrentes la sangre humeante brota
Par la abertura de la hirviente cota.

XXVIII.

« ¡Maldicion sobre tí! » grítale el moro,
Y ya su alfanje en alto resplandece;
Desploma el golpe en el metal sonoro,
Parte a Sancho el arnés y en furia crece.
No así mugiendo fiero andaluz toro
El circo en torno horrísono estremece,
Ni iracundo leon, ni tigre hircano
Iguala en ira al bárbaro africano.

XXIX.

Presto otra vez al héroe se adelanta,
Suelto el veloz caballo en la carrera;
El roto escudo impávido levanta
Sancho, y el golpe poderoso espera;
Descarga el musulman, rompe y quebranta
Adarga y yelmo y barras y cimera;
Sancho vacila, y de la herida frente
La sangre mana en hervorosa fuente.

XXX.

Y audaz tirando de la cruda espada,
Que cual cometa cuando deja el lecho
Del mar resplandeció desenvainada,
La esconde toda en el alarbe pecho.
De los disueltos miembros huye airada,
Dando un gemido de mortal despecho,
Aquel alma feroz, y vuela impia
Del negro averno á la region sombría.

XXXI.

Crece entónces el ímpetu; el rüido
Dóblase en ambas huestes: Sancho grita,
Su acento deja al moro estremecido,
Y ánsia de gloria en el hispano excita.
¿Quién dirá tu valor, ni el encendido
Ardor dirá que el corazon te agita?
¡Oh Sancho! yo sí dividí tu gloria,
Tuyo fué el lauro y tuya la victoria.

XXXII.

En medio la morisma enfierecida
Revuelve el héroe su tajante acero:
Cada golpe una herida, cada herida
Una muerte: y brioso, audaz, ligero,
Mil muertes lanza en cada arremetida
Cede á su esfuerzo el árabe altanero,
Redobla el choque el animoso hispano,
Y gime el moro y lidia y lucha en vano.

XXXIII.

Apénas con ronca fatiga alientan,
Yertos los fuertes brazos, los guerreros,
Y en vano el bruto que animar intentan
Siéntese hincar los acicates fieros;
Ora si aún con altivez sustentan
En las cansadas manos los aceros,
No es ya valor ni esfuerzo ni osadía,
Mas requemada furia y rábia impía.

. . . . . .

XXXIV.

Heroe del español, alta memoria
Allí alcanzaste ¿ oh hijo de Rodrigo!
Y altivo yo las palmas de victoria
Me esforcé en vano a dividir contigo,
Astro menor, siguiéndole en su gloria,
Fuí de su esfuerzo y su valor testigo. —
Al eco torna del clarin que siente,
Y tardo sigue el último á su gente.

XXXV.

Cual rojo alano en las batallas hecho,
Si hubo al toro sujeto entre sus dientes,
De la fiera arrancado, su despecho
Muestra con ademanes impacientes;
Y ora pára tal vez de trecho en trecho,
Ora en torno los ojos vuelve ardientes,
O lento sigue el conocido dueño
Con oscuro murmullo y torvo ceño:

XXXVI.

Así el héroe se aparta desdeñoso,
Rotas las armas y el almete hundido,
Y descubre, marchando perezoso,
Con palabras su ardor mal reprimido.
No es ya el diestro y galan jóven hermoso,
De plumas, oro y perlas revestido;
Ora guerrero intrépido le muestra
La ajena y propia sangre y faz siniestra.

XXXVII.

De monte en monte retumbando atruena
El fragor léjos del pasado estruendo:
El campo en són confuso en torno suena,

Lamentos moribundos repitiendo;
El Guadale é férvido resuena,
Su curso entre cadáveres rompiendo,
Y entrambas huestes á la lid preparan,
Las rotas armas, y el vigor reparan.
. . . . . .

EL CONSEJO.

XXXVIII.

Habló apénas, y presto del asiento
Cercano á la del Rey la augusta silla
Sancho, su hijo, con brioso aliento
En pié y armado reluciente brilla.
« Con ésta, dijo en varonil acento,
Y de la vaina alzó media cuchilla,
Al punto aquí castigaré al medroso
Que vil demande hastar triunfar reposo. »

XXXIX.

» ¿Tregua? ¡ Jamás! ó vencimiento ó muer-
Que nunca fatigó, ni impuso miedo [te :
Contínua guerra al corazon del fuerte,
Ni abatió de su espíritu el denuedo.
Quien ora intente abandonar la suerte,
Que ofrece á nuestras armas rostro ledo,
Es un cobarde y vil, y de ahora digo
Que ya me cuente á mí por su enemigo. »

XL.

Dijo y fuego su vista derramada

En torno de nosotros despedia;
La mano en el recazo de su espada,
Ministra de la muerte, sostenia;
Y en su ademan y vívida mirada
Al genio de la noche parecia
Sobre la tempestad, cuando destina
El mundo todo á funeral rüina.

XLI.

«¡O triunfo ó muerte!» en grito altisonante
Clamé en pos de él, y á un tiempo resonaron
Los jóvenes mi voz, y en arrogante
Aspecto las espadas empuñaron :
Con muestra humilde y plácido semblante
Cuando á la voz del Rey todos callaron,
Opas él lábio de dulzura lleno
Abrió, exhalando su infernal veneno.

XLII.

« ¡Con cuánto gozo, dijo, oh capitanes,
Miro en vosotros, de la patria escudo,
El noble ardor que vencen los afanes
Y el pecho incita á combatir sañudo!
Tímidas ven las huestes musulmanes
Vuestro hierro fatal brillar desnudo,
Y oyendo vuestra voz que rauda vuela,
Mortal temor sus corazones hiela. »

XLIII.

« Y tú, augusto monarca, el pecho inflama
Y el lauro ciñe de inmortal victoria :
Goza, heredada al contemplar la llama
Que hará á tu hijo fatigar la historia;
Por cuanto ardiente el sol su luz derrama,
Himnos alzando en tu alabanza y gloria

De siglo en siglo esparcirá tu nombre
La fama en voz que al universo asombre. »

XLIV.

« Mas si alcanzaste nombre de esforzado,
No marchite tu honor puro y radiante
Volver acaso al riesgo aventurado,
Cual bisoño adalid, si fué triunfante.
Muéstrate á par de intrépido soldado,
Jefe sagaz, y el ánimo arrogante
De tus ínclitos jovenes serena,
Y tu ardimiento generoso enfrena. »

XLV.

Llegaba aquí, cuando en redor se extiende
Sordo murmullo que al malvado espanta
É interrumpe su voz; que el pecho enciende
En fiera indignacion audacia tanta:
El Rey, que el ruido amenazante entiende,
En la alta silla adusto se levanta.
Y acallado el tumulto, y todo atento,
Opas siguió con simulado aliento.

XLVI.

« No, guerreros ilustres, ora pido
Largo reposo, ni penseis siquiera
Que ménos que vosotros encendido,
Al viento dé mi espada la postrera;
Que áun no mi corazon gime abatido,
Ni tanto helado de los años fuera,
Que el alta llama que en vosotros arde,
Yo desconozca mísero y cobarde. »

XLVII.

«Mas ¿qué vale triunfar, qué el ardimiento,

Ni qué vale el esfuerzo y la osadía,
Si ciegos y con loco pensamiento
A cierto daño su imprudencia guia?
Cansado el brazo, el pecho sin aliento.
¿Qué al español valdrá su valentía,
Si ni el hierro mellar podrá su espada
De tan contínuos golpes fatigada? »

XLVIII.

« Volved la vista ¡oh nobles campeones!
A ese campo de gloria, y ved tendidos
Tintos en sangre intrépidos varones
En medio de los árabes caidos;
Hollados ved del moro los pendones,
Los pendones jamás antes vencidos;
Luégo decid si galardon merecen
Pechos que tanta hazaña al mundo ofrecen.»

XLIX.

« Descanso os pide el esforzado Ibero,
Si á moveros mi voz sola no alcanza;
Descanso, sí, para despues más fiero
Blandir su brazo la robusta lanza:
Sus acentos oid, ved al guerrero
Cansado ya de sangre y de matanza;
Os pide sólo de reposo un dia,
Y os promete despues nueva osadía. »

L.

« Un dia solo, y cuando ya mañana
El orbe el sol con su esplendor encienda,
La voz de guerra elévese inhumana
Y el sonoro clarin los aires hienda;
Gózate en tanto, ¡oh Rey! gócese ufana
Tu heróica hueste y su furor suspenda,

Y vosotros ¡oh nobles compañeros!
Dad á la vaina un punto los aceros. »

LI.

Así robando á la virtud su acento,
Dijo el inícuo, y de su lábio impuro
Encubierto espiró letal aliento,
De infausta muerte precursor seguro,
Llamas, guerras, horror, males sin cuento.
Cesó de hablar, y de su centro oscuro
Lanzó tronido horrísono el Averno,
Y el rayo asolador vibró el Eterno.

LII.

Mostró Rodrigo á su lisonja agrado,
Y en daño suyo consintió gozoso:
Tembló al traidor el corazon malvado,
Cumplido al ver su intento criminoso.
Todos tambien con pecho confiado,
(Que nunca recelara el generoso)
Crédito noble á sus razones dimos,
Y el hierro en nuestra contra convertimos.

LA PROCESION.

LIII.

Abierta entónces de Jerez ofrece
La altiva puerta el pueblo en su contento,
Y marchando magnífico aparece
Sacro concurso en tardo movimiento.
El aura en ondas el incienso mece,

Y humildes gracias al empíreo asiento
Un vírgen coro armónico levanta,
Y «hosanna, hosanna,» sonoroso canta.

LIV.

Inmenso pueblo el simulacro santo
Atiende en pos del Salvador del mundo.
Resuena sólo reverente el canto,
Reina silencio en derredor profundo.
Sublima el pecho religioso encanto,
Y en paz trocando el ánimo iracundo,
La hueste sigue en muestra respetosa,
Y desnuda la frente y humildosa.

LV.

Preceden la alta pompa los pastores
Sacros ministros de Jesús divino,
Parte su estola auríferos colores
Sobre la veste cándida de lino:
Orlas de lauro y de vistosas flores
Penden al asta del cruzado sino,
Y allí Rodrigo respetuoso guia
En pos la augusta ceremonia pía.

LVI.

Las tiendas cercan, y el glorios acento
Se siente al eco resonar suave,
Calma su ruido misterioso el viento,
Suspende el canto embebecida el ave,
Bendice el campo de la lid sangriento
El sacerdote en aparato grave,
Tornan, y al muro majestuosos giran
¡Míseros! ¡ay! y júbilo respiran,

LVII.

El campo todo venturoso rie;
Allí la vírgen tímida y atenta
La vista esparce, y el mancebo engrie
Su noble pecho y animarla intenta.
El padre anciano con placer sonrie
Si el ternezuelo infante, cuando ostenta
A sus ojos las armas, temeroso
Se abriga al seno de su madre ansioso.

LVIII.

Tremolan desplegadas las banderas
Guerreros nuestros en campo moro,
Y relumbran gallardas las cimeras
Y armas y petos enmoldados de oro;
Suenan confusas voces placenteras,
Himnos alza tal vez juvenil coro;
Y fiesta y triunfo y algazara y canto
Presagios son de esclavitud y llanto.

FRAGMENTO CUARTO.

I.

. . . . . .
. . . . . .

Un alcázar de pórfido luciente
Junto al famoso Létis se levanta,
Do la riqueza y esplendor de Oriente
Los muros y artesones abrillanta;
Las puertas son de bronce refulgente,
Y con soberbia y aparato espanta
Fuerte escuadron en torno de guerreros
Con sendas lanzas y semblantes fieros.

II.

Allí entre el oro y seda que atavia
Aromática estancia y opulenta,
Trono de bullidora pedrería
Al moro rey con majestad sustenta:
Torvos los ojos y la faz sombría
Ora el monarca pensativo ostenta;
Que arde su pecho en bárbaro coraje
Del rey de Murcia temerario ultraje.

III.

En torno de él respetuosa imita
La córte toda su silencio triste,
Y de la sombra que su faz marchita

Su rostro cada cual cubre y reviste;
La saña misma que al monarca irrita,
En muchos nobles con furor asiste.
Y oculta á otros la cristiana injuria
Del araido Aldaimon tiemblan la furia.

IV.

Con ceño adusto un árabe altanero
Y de estatura y miembros de gigante,
Junto á la silla del monarca fiero
Fija en él su mirada centellante;
El silencio fatal rompe el primero
Con formidable muestra y arrogante,
Y sin respeto y con acento airado
Al fin prorumpe, de callar cansado.

V.

«Aldaimon, Aldaimon, ¿á dónde el brío
Del musulman está? ¿dónde la guerra
Y del profeta santo el poderío
Que á las naciones míseras aterra?
Maldiga Alá la paz que dal impío
Segura vida y júbilo en la tierra!
Hunda su reino el Dios de las venganzas,
Y adornen sus cabezas nuestras lanzas.»

VI.

«Armas tus fuertes, junta tus varones,
Que yo á su frente por Alá te juro
En un lago de sangre las legiones
Y el ódio ahogar del nazareno impuro;
Del profeta los cándidos pendones
Brillen de Murcia en el vencido muro,
Y en aquel de su Dios altar maldito
La espada eleve nuestro santo rito.»

VII.

Dijo, y rugando la ceñuda frente.
. . . . . .
. . . . . .

VIII.

« Mas no tú solo, intrépido mancebo,
Irás á dar á mi furor templanza,
Que yo, cual tú, tambien el ánsia apruebo
De gloria y de combato y de matanza;
Sienta ese rey, que con insulto nuevo
Mi corazon excita á la venganza,
Que si perdono al mísero enemigo,
Del rebelde tambien doblo el castigo. »

IX.

« Vé, Soliman : las huestes agarenas
Manda aprestar, y la trompeta al viento
De Córdoba publique en las almenas
A España mi terrible mandamiento. »
Dijo, y le escucha el mulsuman apénas,
Cuando por medio en ademan violento
Rompe, y á obedecerle se retira,
Y celoso del Rey se abrasa en ira. »

X.

Con grata muestra entónces el tirano
Todos humildes el intento aprueban,
Y sobre el pecho al uso mahometano,
Inclinando la faz, las manos llevan :
Luégo un murmullo con semblante ufano
Unos con otros razondo elevan ;
Mas ya Aldaimon á hablarles se prepara,
Y el sordo ruido de repente pára.

XI.

«Campeones de Dios, ¡oh descendientes
Del ínclito Ismael! la luz primera
Verá de nuestras gloriás esplendentes
Al aire tremolada la bandera!
Ella guió el valor de los creyentes,
Cuando del Guadalete en la ribera
En manos de Tarif brilló aquel dia,
Que extendió la agarena monarquía.»

XII.

«Ella miró vencidos desplomarse
Los altos muros de la gran Toledo,
Y la altivez de Mérida humillarse;
Y al cántabro feroz impuso miedo.
Torne al viento mañana á desplegarse,
Y al alma infunda el celestial denuedo,
Que intimida al infiel: Dios le condena
A eterna muerte ó á servil cadena.»

XIII.

Dijo, y del trono aurífero desciende
Con lento paso y ceño majestuoso,
Y á un lado y otro del salon se extiende
Y ante él se postra el séquito humildoso.
Tal si en ignota soledad sorprende
Oscura noche al labrador medroso,
Si de repente ve fada divina,
En mudo pasmo la rodilla inclina.

. . . . . .

. . . . . .

FRAGMENTO QUINTO.

DESCRIPCION DE UN SERRALLO.

. . . . . .

I.

De mágicos jardines rodeado,
Se alza un rico salon, donde descansa
El moro Rey, cuando el fatal cuidado
Y cortesano estrépito le cansa:
En él ahora al júbilo entregado,
Del fiero pecho la crueldad amansa,
Plácido canto que deleite inspira
Al són de blanda, regalada lira.

II.

Allí, cercado del amable coro
Que el de las Houris célicas no iguala
Quemada en pipa de ámbar y de oro,
Planta aromosa el gusto le regala;
Y mientra en hombros de su amado el moro
La sien reclina, de su lábio exhala
Humo süave, que en fragante nube
En leves hondas á perderse sube.